
UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

Luis Nieto Degregori

CUSQUEÑISMO ES LA PALABRA con que se ha bautizado al sentimiento de profunda identificación de los cusqueños con su ciudad. Es casi un axioma, en la sociedad cusqueña, que este sentimiento se traduce en un afán, personal y colectivo, de trabajar por el progreso del Cusco, por devolverle el lugar de importancia que tuvo en épocas pasadas. Seguramente ésta es la razón por la cual es poquísimos lo que se ha escrito sobre este sentimiento tan presente en la vida de los cusqueños.

Una indagación en la naturaleza del cusqueñismo se justifica, no obstante, no tanto por la escasez de trabajos sobre el tema cuanto por el lugar central que últimamente el cusqueñismo está ocupando en el discurso de las élites políticas e intelectuales de la ciudad imperial. Es necesario, por lo mismo, aun a riesgo de herir la sensibilidad de muchos cusqueños, preguntarse si es tan cierto que el cusqueñismo tiene gran fuerza movilizadora o si, por el contrario, dado que es un sentimiento que se nutre principalmente de la exaltación del pasado grandioso del Cusco, predominan en él los efectos retardatarios.

LUIS NIETO DEGREGORI

El presente artículo es, pues, un primer paso en este intento de exploración del papel o papeles que realmente juega el cusqueñismo.¹ Para ello, lo que haremos es ahondar en las características de este sentimiento en base a una serie de entrevistas orientadas a conocer el discurso de las élites políticas, intelectuales y artísticas cusqueñas, entrevistas que forman parte de una investigación que se está desarrollando en el Centro de Educación y Comunicación Guamán Poma de Ayala sobre "visión de progreso en los distintos sectores sociales de la ciudad". Además, los datos que proporcionan estas entrevistas serán contrastados con los provenientes de las entrevistas realizadas en otros sectores de la sociedad cusqueña, lo cual, nos parece, permitirá perfilar más exactamente lo que los cusqueños entendemos por cusqueñismo.

En el primer grupo de entrevistados, el conformado por políticos, intelectuales, artistas y comunicadores cusqueños, figuran:

a. Carolina Guevara, comunicadora, egresada de la Universidad San Antonio Abad de Cusco (UNSAAC) y con estudios de doctorado en el extranjero, docente de la UNSAAC y directora de un programa radial que se transmite por una emisora de la ciudad.

¹ José Tamayo Herrera, en su *Historia General del Qosqo* (Municipalidad del Qosqo, Cusco, 1992), señala que la primera persona que utilizó el término «cusqueñismo» fue el político acomaíno José Angel Escalante, en un artículo publicado en la revista *Mundial*, en 1928 (Tamayo Herrera, 1992: III, 360). Sin embargo, como hemos tratado de mostrar en un artículo que rastrea la evolución del cusqueñismo a lo largo del presente siglo y que será publicado en la revista *Márgenes*, la corriente reivindicadora del Cusco y la fe en que la ciudad imperial volvería a jugar un papel de primer orden en la historia del país e incluso del continente, empezaron a cuajar mucho antes, en los primeros escritos de Luis E. Valcárcel y, en general, de los indigenistas cusqueños de los años diez y veinte.

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

b. Katia Herrera, historiadora egresada de la UNSAAC, con estudios de postgrado en el extranjero, autora de diversos artículos en libros y revistas sobre su especialidad.

c. Genaro Candia, pintor, egresado de Antropología de la UNSAAC y de la Escuela Regional de Bellas Artes «Diego Quispe Tito», fundador, junto con otros artistas y profesionales cusqueños, de una institución que tiene como objetivo crear conciencia de la necesidad de conservar la riqueza monumental y paisajística de nuestra ciudad.

d. Héctor Chávez, político y dirigente gremial de larga trayectoria. Actualmente es regidor de uno de los municipios del Cusco.

e. Leandro Arteta, agrónomo egresado de la UNSAAC, con estudios en la especialidad de desarrollo rural en el Colegio Andino del Centro Bartolomé de Las Casas, trabaja en una ONG cusqueña desde hace once años.

En el segundo grupo, el de los entrevistados para la investigación sobre visión de progreso, tenemos a las siguientes personas:

a. Manuel Vélez, pertenece a una familia tradicional cusqueña, egresado de la UNSAAC y próspero empresario de turismo, actividad a la que se dedica desde hace 16 años.

b. Benjamín Gómez, miembro de una familia de empresarios cusqueños, se desempeña en el sector agroindustrial.

c. Raúl Rojas, de padres migrantes, profesor y dirigente barrial, actualmente desempeña el cargo de director de un colegio secundario.

d. Juan Rivas, hijo de campesinos arequipeños, contador con 13 años de trabajo en la administración pública.

e. José Páucar, de padres migrantes, microempresario carpintero con estudios secundarios.

LUIS NIETO DEGREGORI

f. Gustavo Yépez, hijo de migrantes, microempresario panadero, hace 18 años ingresó a la universidad, pero hasta ahora no puede culminar sus estudios.

g. Vicentina López, hija de migrantes campesinos, ama de casa y dirigente del club de madres de su barrio, abandonó sus estudios a los 16 años, cuando tuvo su primera hija.

Las entrevistas del primer grupo fueron estructuradas en tres bloques, de manera que se pudiera indagar, en un primer nivel, sobre los temas del incanismo, el indigenismo y el andinismo; en un segundo nivel, sobre el cusqueñismo y el descentralismo y, finalmente, en un tercer nivel, sobre la articulación que existe entre los temas referidos y 1. una determinada manera de percibir la historia y el progreso, 2. la actitud que promueven frente al cambio social, y 3. las imágenes que estas percepciones ayudan a formar del país y de los cusqueños mismos.

Para los fines del presente artículo, sin embargo, sólo nos detendremos, primero, en la percepción que tienen los entrevistados del pasado incaico; segundo, en el sentimiento de identidad que dejan traslucir y, tercero, en el papel que pasado y tradición parecen jugar al determinar su actitud frente al cambio. Siempre que sea posible, trataremos de confrontar, en los tres puntos señalados, el discurso de los políticos, intelectuales y artistas cusqueños con el de representantes de otros sectores sociales de la ciudad.

BEMOLES DEL INCANISMO

Una primera lectura de las entrevistas realizadas muestra que el hecho de que el Cusco haya sido la capital del Imperio Incaico es gravitante tanto para que se dé ese sentimiento de profunda identificación con la ciudad que se ha dado en llamar cusqueñismo como para

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

que, al mismo tiempo, se valore altamente el pasado incaico del Cusco.

Empezando por esto último, por lo que podríamos llamar el incanismo de las élites políticas e intelectuales cusqueñas, comprobamos que la mayoría de los entrevistados destaca, como lo hace Katia Herrera, que «el Cusco es una capital importantísima de una civilización importantísima», lo cual la vuelve una ciudad «excepcional».

En el mismo sentido apuntan las declaraciones de Genaro Candia, quien manifiesta que el Cusco es una «ciudad muy especial, capital de un gran Estado y que históricamente es como la capital del Perú», además de ser una ciudad «con mucha tradición cultural, que ha tenido mucha gravitación y mucha influencia en la cultura nacional».

Héctor Chávez, siguiendo esta misma línea de declaraciones, subraya también el hecho de que el Cusco fue la capital del Imperio de los Incas y que este imperio tuvo grandes valores, tanto materiales como espirituales.

Sólo dos de los cinco entrevistados difieren un tanto en su valoración del Cusco y de su pasado incaico. Así, Carolina Guevara confiesa que necesitó salir fuera de Cusco, «enfrentarse a otras realidades y conocer otras grandes culturas como la griega» para empezar a identificarse con su tierra, para «ver que realmente aquí nació una gran cultura, cosa que no me había dado ni la escuela ni la universidad pero que sí me la dio el contacto y la experiencia con otras personas».

Leandro Arteta, por su parte, reconoce que hay «un orgullo que viene desde nuestros antepasados», pero marca sus distancias señalando a continuación que es «demasiado orgullo», que «es un orgullo dentro del cual se manifiesta demasiado egoísmo, mucha envidia de parte de los cusqueños». La singular posición de

LUIS NIETO DEGREGORI

Arteta queda más clara cuando él nos explica cómo entiende este orgullo. Manifiesta, subrayando que hace falta que los cusqueños conozcamos más el pasado incaico, que «el orgullo va más en el sentido de haber tenido una cultura que ha hecho grandes obras monumentales, como Sacsayhuamán, Machupicchu y Tipón» o que tiene que ver con el hecho de que «el mundo echa su ojo al Cusco como centro turístico», pero considera que no se valora realmente la capacidad de los Incas. Consecuentemente con estas afirmaciones, diferencia un «orgullo histórico», que los cusqueños sí tenemos, del «orgullo de ser descendientes de los Incas», que en realidad no tenemos.

Queremos abundar un poco más en las declaraciones (confesionales, de tono muy personal) de Leandro Arteta con respecto al pasado incaico del Cusco porque, como veremos más adelante, son las que más contrastan con las que hicieron los demás entrevistados. Dice él, ahondando, desde su punto de vista, en la forma cómo los cusqueños valoramos la cultura incaica, que «los cusqueños somos poco lectores y conocemos muy poco de historia, de lo que en verdad ha significado el Incanato» y añade: «creo que hay gente de fuera que sin ser cusqueños conocen mejor la historia del Cusco». Nos cuenta, finalmente, como queriendo aportar argumentos que validen sus afirmaciones, que cuando fue al Inti Raymi cuando tenía unos diez años, «no sabía de qué se hablaba, no conocía realmente la verdadera historia».

En cuanto a los logros del Imperio Incaico, la mayoría de los entrevistados valora sobre todo la monumentalidad, así como los avances organizativos de los Incas y sus adelantos en campos como la agricultura, la textilería, etc.

Así, Katia Herrera, tomando la imponente del Cusco incaico como punto de partida para hablar de este tema, resalta «la capacidad de un grupo, de una

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

cultura que pudo planificar una ciudad», añadiendo que «hacer una ciudad, trazarla y ordenarla de alguna manera, está reflejando la grandeza de una mentalidad colectiva». Por otra parte, nuestra entrevistada también hace hincapié en logros que considera «impresionantes respecto a la agricultura», señalando que «también ordenaron un espacio agrícola, también desarrollaron canales, la cuestión hidráulica la manejaron estupendamente».

Genaro Candia, partiendo de señalar que la cultura Inca «sintetiza todos los aportes de la cultura andina», destaca sobre todo los avances de los incas en cuanto «al dominio de la naturaleza, a la conciencia ecológica, al sentido del orden y la organización», además de sus logros en campos como «la arquitectura, la textilería, las formas de trabajo y la ingeniería hidráulica», todo lo cual hace que para él la cultura Inca sea una «alta civilización», equiparable a otras grandes civilizaciones como la egipcia y la asiria.

Héctor Chávez, por su parte, destaca, además de «las riquezas arquitectónicas y del adelanto en el campo de la agricultura que nos ha dejado los andenes, el uso del agua, los grandes canales de irrigación», lo que él llama el lado espiritual, el *ayni* y la *minka*, pero también el «*llamkay*», el «*yachay*» y el «*munay*». Chávez explica así esta concepción de la vida que es atribuida a los Incas:

«Retrotraigo tres cosas que hubo en el Imperio de los Incas. El «*llamkay*», o sea el trabajo, el factor que genera todo, si no hay trabajo, no hay adelanto, no hay economía, no hay política, no hay progreso. El «*yachay*», o sea el conocimiento, que estaba coordinado con el trabajo y que se agranda con el trabajo. A estas dos cosas se agregaría una tercera, el «*munay*», el amar, si no amamos a la pachamama, a nuestra

LUIS NIETO DEGREGORI

comunidad, a nuestra patria, de nada nos valdrían el conocimiento y el trabajo».

Para Chávez, la explicación final de la grandeza material de los Incas y de sus adelantos tecnológicos se encuentra en esta trilogía, en «estos tres actores».

Dos son nuevamente los entrevistados que de alguna manera difieren del resto al momento de resaltar los logros del Imperio de los Incas. Carolina Guevara señala que ve «muchísimos valores no sólo en cuanto a monumentos, sino en cuanto a identidad», pero a continuación cree percibir mucho de retórica en la exaltación que se hace en el Cusco de estos valores. Manifiesta ella: «Los mismos medios de comunicación nos andan hablando constantemente de los mismos valores de nuestra tierra, pero sigo pensando que a veces la cosa es retórica, a veces son poses que nos hacen caer en chauvinismos».

En el mismo sentido parecen apuntar las declaraciones de Leandro Arteta cuando manifiesta que el orgullo de los cusqueños por su pasado incaico «va más en el sentido de haber tenido una cultura que ha hecho grandes obras monumentales, como Sacsayhuamán, Machupicchu, Tipón, que no tienen ninguna explicación de cómo se construyeron estos monumentos». Por otro lado, refiriéndose a Pachacútec, Arteta considera que es el único inca que los cusqueños recuerdan y valoran «por su gran forma de haber organizado el Imperio y por haber derrotado a grandes culturas como la chanka».

No es casual seguramente que, al hablar de los logros del Imperio Incaico, sólo uno de los entrevistados los asocie a los aportes en general de la cultura andina, lo cual es una muestra clara, según nuestro parecer, de ese fenómeno tan difundido en nuestro país, y con más razón en el Cusco, que reduce nuestro pasado prehispánico a su último momento de desarrollo, el rela-

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

cionado con los Incas. Nos parece significativo también, en este mismo orden de cosas, que uno de los entrevistados considere que no es posible explicar cómo se construyeron algunos de los principales monumentos incaicos. Esto, nos parece, es parte también de un fenómeno muy extendido en el Cusco de mitificación del pasado incaico, que se desarrolla en el terreno abonado por la falta de difusión de conocimientos sobre este mismo pasado y que se traduce, por ejemplo, en esas teorías que uno puede escuchar a cada paso sobre los secretos que conocían los Incas para ablandar la piedra.

Por otro lado, la mención que se hace a Pachacútec seguramente tiene que ver con la prédica incanista del alcalde de la ciudad y con las diversas acciones en las que se traduce este discurso, lo cual es manifestado por Leandro Arteta, que es explícito en afirmar que ha leído sobre este inca «a partir de las obras que se han realizado sobre Pachacútec; los periódicos han sacado algunos artículos sobre lo que significa Pachacútec».

A diferencia de lo que ocurre con políticos, intelectuales y artistas, los representantes de otros sectores de la sociedad cusqueña no tienen tan presente el pasado incaico de la ciudad o, si se refieren a él, lo hacen con un cierto distanciamiento o valorando, antes que la monumentalidad que ha quedado como huella de ese pasado, virtudes como la laboriosidad o esa parte de nuestro legado cultural andino que todavía pervive, como el idioma quechua o los cultivos andinos.

Así, por ejemplo, el profesor Raúl Rojas, hablando del subdesarrollo de nuestro país y achacándolo a nuestra mentalidad, compara en forma espontánea a los peruanos de hoy con los Incas, manifestando que éstos, «por su misma idiosincrasia, hicieron que la gente fuera laboriosa desde que amanecía hasta que anocheía», y añade que «los vicios estaban alejados porque la gente

LUIS NIETO DEGREGORI

trabajaba; pero en nuestro medio el vicio está antes que el trabajo y la virtud».

Similares son los conceptos que vierte el microempresario Gustavo Yépez, para quien la causa principal del atraso de nuestro país es que somos gente ociosa, a diferencia de lo que ocurría en la sociedad incaica, donde la gente era «laboriosa, trabajadora». Este mismo entrevistado, haciendo una valoración negativa de la conquista, desestima el idioma, la religión y ciertos cultivos y crianzas como aportes de los españoles a nuestra cultura y hace, por el contrario, una revaloración del quechua y los cultivos andinos. Respecto a lo primero, al idioma quechua, Gustavo Yépez afirma cosas como que «es lo más hermoso que existe», que «suena más bonito al oído» y que es «maravilloso hablar quechua». En cuanto a los cultivos andinos, sostiene que «en el Perú tenemos en alimentación todo lo mejor» y precisa que «el tarwi, la kiwicha y todas esas plantas naturales se las están llevando a Alemania, se las están llevando a todo sitio».

Por su parte, Benjamín Gómez, industrial cusqueño, lamentándose de la falta de colaboración que existe entre los empresarios cusqueños y de las rivalidades que los distancian, rescata también la colaboración y solidaridad que caracterizaban a la sociedad incaica, pero hace esto sin mucho convencimiento. Gómez manifiesta en efecto, dejando traslucir la duda, que «*se supone* que los antepasados vivían en base a la minka y el ayni, en base a la colaboración y solidaridad en todos los problemas que tuvieran» (el subrayado es nuestro).

Otro empresario, Manuel Vélez, considera también que el «ayni es uno de nuestros principales valores ancestrales» y habla de rescatar «las sabidurías ancestrales» que están presentes en nuestras «culturas tradicionales» y que se expresan, por ejemplo, en tecnologías de riego, en proteínas nativas, en los

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

recursos fitogenéticos que hemos heredado y que debemos conservar.

IDENTIDAD: NO UNA SINO MUCHAS

¿Cómo se traducen estas distintas maneras de percibir el pasado incaico y, sobre todo, de aquilatarlo, en los sentimientos de pertenencia y de identidad que desarrollan los cusqueños de distintos sectores sociales?

En el caso de las élites de políticos e intelectuales cusqueños, parece haber una correspondencia bastante clara entre la valoración de la monumentalidad de la arquitectura como logro más alto de la cultura incaica y un sentimiento de profunda identificación con la ciudad, con la atingencia de que esta identidad cusqueñista parece ir revestida casi siempre de un carácter excluyente o exclusivista, en el sentido de que, como manifiestan algunos de los entrevistados, no todas las personas están en la capacidad de comprender la importancia del Cusco, su grandeza y su enorme valor tanto cultural como histórico.

Veamos, sin embargo, antes de pasar a ocuparnos de este carácter excluyente de la identidad de las élites cusqueñas, cómo definen éstas el cusqueñismo, ejercicio que nos permitirá mostrar que lo medular de este sentimiento parece ser, como decíamos antes, el pasado de la ciudad, su riqueza arquitectónica y su monumentalidad o, como dice una entrevistada, «su magia».

La historiadora Katia Herrera entiende el cusqueñismo «como un sentimiento más que una cuestión absolutamente concreta, una disquisición intelectual» y aclara a continuación que no tiene que ver con que uno haya nacido en el Cusco, sino con que sienta la magia de la ciudad. En conclusión, esta entrevistada manifiesta: «Para mí, eso se puede llamar cusqueñismo,

LUIS NIETO DEGREGORI

alguien que empiece a valorar y hacer suyo un sentimiento por el Cusco, un sentimiento que después se traduce en cosas concretas».

Para Genaro Candia, el cusqueñismo es ante todo «una forma de identidad con nuestra tierra, porque el Cusco no es, como se considera desde Lima, una provincia, ha sido la capital de un gran Estado». Este sentimiento de identificación con el pasado de la ciudad se debe traducir, según nuestro entrevistado, en «luchar por la conservación de nuestro patrimonio, de nuestra riqueza monumental, arquitectónica, artística».

Héctor Chávez, por su parte, conceptúa el cusqueñismo como una dedicación a la ciudad con «alma, vida y corazón». Sin embargo, a diferencia de los dos anteriores entrevistados, Chávez considera que «el cusqueñismo no sólo debe estar afincado en nuestras tradiciones, sino más bien que estas tradiciones, estas costumbres nos sirvan de base para proyectarnos más allá». Ensayando una definición más exacta de lo que es para él el cusqueñismo, Chávez fluctúa entre pasado y proyección al futuro y entre un sentimiento que sería exclusivo de unos cuantos, pero debería ser compartido por las mayorías. Lo primero se percibe cuando el entrevistado manifiesta que se debe «recuperar lo que realmente fue la capital del Imperio de los Incas, este imperio que tiene grandes valores materiales y espirituales», para añadir a continuación que debemos mostrar «un Qosqo no sólo con sus callejuelas, sus monumentos, sino que a partir de ahí nos conozcan en toda nuestra integridad». Lo segundo se puede apreciar cuando Chávez afirma que su «mayor sueño es hacer que el pueblo entienda en su magnitud lo que significa este Qosqo» pues «en la medida en que la gente trabajadora del campo y la ciudad entienda lo que es este Qosqo, en esa medida nuestra ciudad va a engrandecerse. Pero si esto va a ser patrimonio de unos cuantos, yo creo que vamos a seguir en lo que actualmente estamos».

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

La comunicadora Carolina Guevara coincide con los anteriores entrevistados en su definición de cusqueñismo manifestando que «es una identificación con esta tierra, una identificación sobre todo desde un punto de vista cultural», pero introduce una opinión contrastante cuando afirma que «sólo he percibido que se hable de algo así como cusqueñismo en nuestro entorno surandino», lo que según ella podría deberse a que «cuando el cusqueño está fuera de su tierra, en Lima o en el extranjero, siente cierta vergüenza de decir que es cusqueño, quizás porque para algunas personas el ser cusqueño significa hasta cierto punto ser indio».

Leandro Arteta, por último, tiene una visión crítica del cusqueñismo, manifestando que es «una situación de orgullo que viene desde nuestros antepasados», pero este entrevistado considera que en el cusqueñismo hay «demasiado orgullo, un orgullo dentro del cual se manifiesta mucho egoísmo, mucha envidia de parte de los cusqueños». En concordancia con esta posición, el entrevistado declara: «Yo he salido totalmente de esta situación de cusqueñismo, tanto, que me gusta tratar con todos los peruanos, me gusta hablar con ellos, conversar, y cuando se da este tipo de peleas regionales o de departamentos, yo sencillamente no siento ningún dolor ni me fastidia».

El carácter excluyente del sentimiento de identidad que desarrollan las élites cusqueñas se percibe claramente en declaraciones como las que hace la historiadora Katia Herrera, quien manifiesta, por ejemplo, que «un factor para entender el Cusco es si eres originario de Cusco o por lo menos en primera generación eres cusqueño. Personas que han llegado hace diez años a la ciudad del Cusco por factores migratorios, por problemas sociales, por lo que quieras, no conocen la ciudad, no la entienden y por consiguiente la maltratan, no están entendiendo en qué ciudad están, no

LUIS NIETO DEGREGORI

es Puerto Maldonado, no porque Maldonado sea menos, sino porque tiene otras características».

Genaro Candia comparte plenamente esta opinión, manifestando que los migrantes «no sienten el mismo apego por el Cusco» y trayendo a colación un ejemplo, el de los puneños, que pareciera mostrar una especie de rechazo a la influencia cultural de un pueblo igualmente andino como el Cusco. Dice Candia al respecto: «Ellos (los puneños) reproducen sus fiestas y sus costumbres, hacen grupo aparte, casi no se integran, mantienen una fuerte identidad de collas, y esto parece que tiene raíces históricas porque desde la época inca el término colla era despectivo». Consecuente con su posición, este entrevistado manifiesta que a los migrantes «hay que concientizarlos, hay que adaptarlos a las costumbres urbanas y a que respeten también nuestra ciudad porque ahora vemos un crecimiento desordenado de los pueblos jóvenes de los que son migrantes, crecimiento que ya va afectando y poniendo en peligro nuestras zonas arqueológicas».

Otro entrevistado que parece poner un signo de igualdad entre migrante y deterioro del Cusco o entre migrante y trabajador ambulante es Héctor Chávez, quien manifiesta su preocupación por la afluencia de migrantes a la ciudad, llegando a manifestar: «Me preocupa y hasta me asusta que hagamos un Cusco bonito y ¿qué vamos a conseguir? No quisiéramos que Cusco de acá a quince o veinte años termine como Lima, totalmente tugurizado». La solución que propone Chávez para «mantener a los campesinos en su lugar» («esto no quiere decir que nunca salgan, pueden venir cuando quieran al Cusco, pero se queden ahí», aclara nuestro entrevistado) y para que el Cusco siga siendo una ciudad bella, pero sin convertirse en «polo de atracción para que muchos campesinos se sigan vaciando aquí y empiecen como migrantes a ser trabajadores ambulantes», es que los gobiernos den asistencia técnica

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

al agro. Al respecto, Chávez dice: «Si las provincias, el llamado Perú profundo, tuvieran una asistencia de parte del gobierno de acuerdo a las características de la zona, yo creo que el Perú sería diferente, no habría mucho migrante».

Las opiniones de Leandro Arteta son diametralmente opuestas a las de los anteriores entrevistados, pues él cataloga a los migrantes más bien entre los agentes más dinámicos de la sociedad cusqueña. Dice este entrevistado: «Lo que yo noto en ellos, en los arequipeños, en los provincianos, incluso en los abanquinos, es una mayor pujanza. No tienen vergüenza a nada. El cusqueño sí tiene mucha vergüenza, avanza muy lentamente en su proceso de mejorar su posición, siempre está mirando si lo están observando o no y aparecen los momentos de vergüenza».

Más aún, Arteta considera que los migrantes aprovechan, para sobresalir en las más diversas actividades, desde el comercio hasta las profesionales, que el cusqueño es poco competitivo y poco emprendedor. Al respecto, el entrevistado manifiesta: «Yo pienso que ellos (los migrantes) notan las debilidades que tiene un poblador, un profesional cusqueño y en base a ello tratan de tener un trabajo estable que les permita salir, que no tengan ningún tipo de riesgos a nivel de competencia. Entonces les es más fácil hacer un trabajo acá. Los intelectuales fácilmente acá se mueven, están en un lado, en otro lado». Leandro Arteta acota finalmente, descalificando a los cusqueños en su posible aporte al desarrollo de su propia ciudad, que «no hay una confianza de los de fuera en los profesionales de aquí de Cusco porque tienen muchas limitaciones, limitaciones incluso a nivel profesional y aparte de eso tenemos otras costumbres que no las tienen mucho ellos, somos muy bohemios y creo que eso limita nuestra participación activa en el desarrollo de nuestra ciudad».

LUIS NIETO DEGREGORI

En suma, podemos afirmar que el cusqueñismo excluyente de algunos de los representantes de las élites políticas e intelectuales de la ciudad, se transparenta sobre todo en la actitud que tienen ante el migrante que llega al Cusco, a quien consideran incapacitado para comprender la grandeza de la ciudad. En otras palabras, el migrante es una especie de chivo expiatorio al que se acusa de ser el gran causante del deterioro de la ciudad y, por lo mismo, es necesario «concienciarlo», «adaptarlo», «integrarlo» o, incluso, hay que hacer lo posible para que no fije residencia definitiva en el Cusco, para que se quede en el campo.

Es interesante comprobar que representantes de otros sectores de la sociedad cusqueña construyen identidades que son o más amplias (andina, serrana, de género, etc.) o más restringidas (barrial, familiar) que el cusqueñismo que profesa la mayoría de intelectuales, políticos y artistas cusqueños.

Así, empezando por lo segundo, por los sentimientos de identidad bastante restringidos, tenemos el caso de la señora Vicentina, ama de casa para quien el mundo comienza en su hogar y acaba en el barrio en el que vive. La ciudad, para esta entrevistada, es agresiva y amenazante. «Hay delincuencia en el centro», manifiesta y añade que «sin asco a uno le quitan, le pegan si no le encuentran nada y además le hacen un tajo». Por esta razón, esta ama de casa manifiesta que no va al «mercado grande» (el del centro de la ciudad) y que prefiere quedarse en su barrio. Incluso el barrio, sin embargo, es percibido como un medio a veces agresivo pues, por su condición de inquilina y no de propietaria, la señora enfrenta algunos problemas, como el ser mal vista por la gente del barrio («cuando me vieron de administradora del club de madres, decían por qué ella si es simplemente una inquilina, que salga») o el tener que cohibir a sus hijos para que no hagan bulla o no jueguen para no incomodar a los

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

caseros. La mayor aspiración de la señora Vicentina parece ser el quedarse en casa para poder velar por sus hijos («fuera no quiero trabajar, me da miedo abandonar a mis hijos y que ellos se dediquen a tomar; por eso trabajo en casa, tejiendo o aprendiendo artesanía, pero en casa») y el tener casa propia «para que sus hijos estén libres» y porque «es un problema vivir en casa alquilada».

Otro caso de identidad familiar sumamente restringida es el del microempresario carpintero José Páucar, que parece tener cierta aversión a todo tipo de organización, sea barrial o gremial, y que prefiere actuar siempre en forma individual. Sobre el gremio de carpinteros, Páucar manifiesta que «como organización no funcionamos bien, cada uno trabaja por su lado, y es difícil, muy difícil, a veces hasta con los caracteres no llegamos a comprendernos». También a nivel barrial, donde son tan difundidas las acciones colectivas, este microempresario prefiere actuar solo y manifiesta desconocer si existe o no una asociación en su barrio y añade que él es el único entre sus vecinos que tiene luz y agua porque «personalmente» ha gestionado estos servicios. «El que tiene plata -añade- lo hace todo, todo se consigue pagando plata».

El mayor sueño de este microempresario carpintero es ampliar su taller para dar trabajo a sus hermanos y a sus sobrinos. Reafirmando su convicción en que en base al esfuerzo propio «se consigue más entradas y de esa manera se puede surgir», Páucar hace el siguiente balance de su vida: «He mejorado bastante. Yo vivía incluso en alquiler. Ahora tengo mi casa, mi taller, mi construcción y me valgo por mí mismo». Volviendo sobre el tema de su familia, afirma: «Yo soy de siete hermanos el único que tiene taller. Por eso, cuando no haya trabajo, quiero darles trabajo y para eso quiero abrir un taller barraca y tener mis maquinarias».

LUIS NIETO DEGREGORI

El barrio, con su activa vida social, su asociación, sus organizaciones de mujeres y jóvenes, sus carencias que muchas veces son remediadas gracias al accionar colectivo, es también un cimiento sobre el cual se puede construir una identidad.

Tal es el caso, por ejemplo, del profesor Rolando Yépez, quien, narrando que le tocó ser testigo de la expansión urbana de la ciudad después del terremoto, espontáneamente declara que está «identificado con lo que es el Cusco de hoy» y añade, como si quisiera despejar toda duda al respecto: «Me he hecho dirigente de mi barrio, soy presidente de la Urbanización Rosaspata. En todo lo posible he tratado de que las instituciones nos den el apoyo para hacer mejoras dentro de lo que significa la infraestructura, el cambio de la urbanización».

La historia personal de este profesor, hijo de padres migrantes, es la de muchos cusqueños que hoy habitan en las asociaciones de vivienda y pueblos jóvenes que actualmente rodean la ciudad. Es interesante, por lo mismo, transcribir algunos pasajes de su vida.

«Yo he nacido en el Cusco -empieza su relato Raúl Rojas-. Me dicen mis padres que nací en la calle Q'era. Cuando yo era pequeño, a raíz del terremoto, es que ellos se habían ubicado en el estadio universitario. Primeramente como resultado de este desastre y después por la necesidad se agruparon y gracias a la presencia de un señor Abel Landeo, que en ese entonces había sido uno de los integrantes de la Federación de Trabajadores del Cusco, de profesión era sastre, él había tenido la feliz idea de buscar terrenos para hacer una urbanización».

Significativa para mostrar esta visión del mundo a partir de un barrio es, nos parece, la referencia

UNA APROXIMACION AL CUSQUENISMO

espontánea que hace este entrevistado a Villa El Salvador cuando está hablando del papel que pueden jugar los pobladores para la transformación del país. Dice al respecto:

«En Lima, en Villa El Salvador, el pueblo nos ha dado una lección de vida. La gente ha encontrado arenal, pero la gente hoy tiene una ciudad a pesar de las dificultades que tiene. A pesar de todo lo que ha vivido, a pesar de todas las desigualdades, la gente ha aportado con su esfuerzo personal, y eso es lo que falta a nosotros».

Otro grupo de entrevistados tiene, en el tema de identidad, referentes más amplios que el de la ciudad en que han nacido y en la que viven. Ejemplos de esto nos los dan el microempresario panadero Gustavo Yépez y el empleado público Juan Rivas. El primero, al hablar de su lugar de nacimiento y del lugar de origen de sus padres (migrante el padre, de un poblado muy cercano al Cusco la madre), manifiesta que es «chuñito, o sea más serrano que el chuño» y repite esto varias veces a lo largo de la entrevista. Juan Rivas, por su parte, que es arequipeño de nacimiento, varias veces durante la entrevista, y por diversos motivos, se presenta como un defensor de la región. Así, señalando que una de las causas de la crisis del país es el centralismo, manifiesta que desde las regiones se debería tener la potestad de «modificar las leyes nacionales con disposiciones que correspondan a nuestra realidad».

Una identidad construida en base a nuestros valores propios, pero que no se reduzca al localismo o el provincialismo, sino que incorpore los mejores valores de la cultura occidental, es la que propone el empresario Manuel Vélez. Para este entrevistado, una de las manifestaciones más palpables de la crisis que vive

LUIS NIETO DEGREGORI

nuestro país es precisamente la desintegración social y la manera de revertir esto es «articularnos alrededor de algunos valores que tienen que ver con la identidad». Insistiendo sobre lo mismo, Vélez afirma que «el tema de identidad es tremendamente motivador para aglutinar sociedades», por lo que el programa que él propone para que el país salga de la crisis es «hacer convivir los conceptos de universalidad, modernidad e identidad, dentro de una sociedad nueva que tiene que tener coexistiendo todos estos ingredientes».

Desarrollando el planteamiento anterior, Vélez afirma que el futuro de nuestro país no debería ser el «occidentalizarnos totalmente» pues por ese camino «simplemente estaríamos pasando a ser satélites de una cultura que no es la nuestra». Añade, sin embargo, que «tampoco es una salida cerrarnos en nuestra cultura y volver a nuestra utopía de Pachacútec porque de esa manera estaríamos aislados de la universalidad». Lo que debemos hacer, según Vélez, es pues «buscar el intermedio, donde siendo genuinamente nosotros podamos coexistir con la modernidad».

Hablando de la necesidad de que se cree una nueva clase empresarial cusqueña, Vélez da las claves para entender el origen de sus planteamientos. Partiendo de señalar que las desventajas del empresario cusqueño frente al limeño son su «escala más pequeña» y su «visión cerrada del mundo», el entrevistado manifiesta que el reto es gestar un empresariado «alrededor de algunas actividades que puedan ser suficientemente cosmopolitas como para dar una visión universal». Afirma a continuación que es la ventaja que él tiene pues el trabajar en turismo le da la posibilidad de «viajar, ver lo que pasa afuera y comparar» y, por lo mismo, «tener una visión más universal».

En resumen, pareciera que la identificación con el Cusco y su pasado grandioso es sobre todo prerrogativa de las élites de políticos, intelectuales y artistas

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

de la ciudad, lo cual no quiere decir obviamente que cusqueños de otros sectores sociales no estén identificados con su ciudad. Lo están, seguramente, pero en otro grado, teniendo a veces como referente principal en la construcción de su identidad no la ciudad, sino espacios más restringidos como la familia o el barrio o más amplios como la región o el conjunto de la sierra.

Concentrándonos en adelante en el análisis de las entrevistas a políticos, intelectuales y artistas cusqueños, es interesante constatar el marcado contraste entre lo alto que ponen a su ciudad y al pasado de ésta y la mala imagen que tienen de sus propios paisanos, lo cual se aprecia no sólo cuando se pregunta a los entrevistados por las virtudes y defectos del cusqueño sino también cuando éstos espontáneamente tocan el tema o comparan al habitante de la ciudad con el limeño, arequipeño, puneño o, en general, «el de fuera».

A la luz de este hecho, podría decirse incluso, como manifiestan algunos de los entrevistados, que el cusqueño sufre un «complejo de inferioridad» ante la gente de fuera, lo cual mostraría, por así decirlo, la cara oscura del cusqueñismo e incanismo de las élites políticas e intelectuales cusqueñas.

¿Cuál es, pues, la imagen que el cusqueño tiene de sí mismo?² Respondiendo a la pregunta sobre las virtudes y defectos del cusqueño, Katia Herrera señala,

² Una sorpresa que nos llevamos las personas que estamos trabajando en la investigación sobre visión de progreso en el Cusco y sobre los discursos de las élites cusqueñas, es la pésima imagen que los cusqueños tenemos de nosotros mismos. Fue esto lo que nos llevó a indagar un poco más en profundidad sobre un tema que inicialmente no interesaba para la investigación que habíamos emprendido. Con el material hasta ahora obtenido, Yanet Arteaga Béjar, integrante del equipo de investigación, ha escrito un artículo, de pronta publicación en la revista *Márgenes*, sobre la autopercepción del cusqueño.

LUIS NIETO DEGREGORI

en cuanto a esto último, que «somos envidiositos; creo que esto es obvio y que no lo podemos negar». No contenta con afirmar esto de forma tan categórica, la entrevistada contrapone a cusqueños y arequipeños trayendo a colación para ello una caricatura que habría sido publicada en el diario *El Comercio* de Lima, en uno de cuyos recuadros se ve a una persona que sube por una escalera mientras otra la ayuda, en tanto que en el otro recuadro la persona que sube la escalera es jalada desde abajo por otra. Los dos primeros, según la leyenda de la caricatura, serían arequipeños y los segundos, cusqueños. En cuanto las virtudes de los cusqueños, la entrevistada dice que las tenemos, pero «bastante escondidas porque no se ven».

Genaro Candia, en respuesta a la misma pregunta, afirma que «en el Cusco lamentablemente es difícil conciliar posiciones y juntar a cusqueños con el mismo propósito porque casi siempre en el cusqueño ha primado el individualismo, a veces la envidia y el egoísmo». Seguidamente, este entrevistado compara también ventajosamente al arequipeño con el cusqueño, pues los primeros tendrían como virtud que, cuando se trata de Arequipa, «se unen todos, poniendo de lado sus diferencias políticas, ideológicas, religiosas».

Carolina Guevara es la única entrevistada que habla de algunas virtudes de los cusqueños, considerando que son «inteligentes, trabajadores, simpáticos, ingenuos, no ignorantes, muy abiertos y entregados a los demás». A continuación pasa a hablar de los «defectillos» y el primero que sale a relucir es nuevamente la envidia. Afirma al respecto nuestra entrevistada: «Qué lindo sería que las envidillas sean sanas, que sirvan. El cusqueño de hecho es trabajador, pero si es que se le presentara la posibilidad de ganar más con el mínimo esfuerzo, lo hace, es muy pícaro el cusqueño, es de los que sacan ventaja, son criollazos, avispaditos».

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

En otra parte de la entrevista, espontáneamente, Carolina Guevara, poniendo esta comparación en boca de un colega limeño, contrapone también al cusqueño y al arequipeño y habla de dos cuadros: en uno, una persona está trepando una montaña y las demás la ayudan, mientras que en el otro a la persona que está trepando la montaña los demás la estorban. No hace falta ya decir cuáles son cuáles, arequipeños y cusqueños.

Leandro Arteta, como ya se habrá podido apreciar por la tónica de sus declaraciones, es quien más incide, y espontáneamente porque en ningún momento se le planteó la pregunta, en los defectos del cusqueño. Afirma, por ejemplo, este entrevistado: «Los cusqueños tenemos muchas limitaciones, somos bastante bohemios, nos gustan bastante las jaranas, las fiestas, las chupas, y eso muchas veces no nos permite superarnos más rápidamente que otra gente que viene de fuera». O señala, completando este retrato, que «los cusqueños somos muy rezagados, muy tímidos, difíciles de entrar, tenemos miedo, tenemos mucha vergüenza y esa vergüenza a veces no nos permite ver más allá». Subrayando aún más la falta de empuje de los cusqueños, Arteta manifiesta, hablando de su propia familia: «Mis hermanos, que no han podido tener un proceso de cambio de actitud, han tenido múltiples fracasos, no les gusta superarse, les gusta mirar a la gente, pero no les gusta superarse, son muy conformistas». Lo mismo, según este entrevistado, vale para los mestizos, quienes se contentarían con lo que son y «no quieren ir más allá, les gusta la monotonía, no hay visión de superarse, de salir del Cusco».

Es interesante contrastar esta imagen que los políticos, intelectuales y artistas entrevistados tienen del cusqueño con la que se forman de la gente «de fuera», así como es sumamente revelador comparar la actitud tan diferente, muchas veces rayana en el complejo de inferioridad, ante estas personas -«afuerinos» como se

LUIS NIETO DEGREGORI

les suele llamar en los medios de comunicación de la ciudad- y ante los migrantes, hacia los que más bien se expresa cierto rechazo.

La historiadora Katia Herrera, por ejemplo, valora mucho el contacto con sus colegas no cusqueños. Ella declara reiteradamente cosas como «tuve la suerte de conocer a mucha gente que vino de fuera, investigadores dedicados a la historia del arte colonial» o «aprendí a fuerza de estar con personas (esos mismos investigadores de fuera) que conocían mucho, a fuerza de escucharlas, de hacer trabajo de campo». Esta historiadora cuenta el caso de una persona, a la que ella considera un ejemplo de lo que es un cusqueñista, que «se enamoró del Cusco y aprendió a conocer el Cusco y a querer al Cusco y a querer hacer cosas para que los cusqueños conozcamos nuestra tierra y sepamos valorarla». Es interesante constatar, tal cual lo muestra la cita anterior y las aseveraciones de otros entrevistados, cómo se llega a considerar incluso que son los de fuera los que tienen que enseñar al cusqueño a valorar su ciudad o a conocer su historia.

Héctor Chávez también destaca, al contarnos las páginas de su biografía, sus contactos con gente de fuera. Manifiesta, por ejemplo, «tuve la grata satisfacción de conocer muy directamente por aquellos años (en San Marcos) a Alfonso Barrantes, Emilio Choy, Paco Bendezú, Alejandro Romualdo». En los mismos términos se expresa a propósito de las personas con las que trató en su estada en México: «Tuve la suerte de conocer al gran pintor Siqueiros, a su esposa Matilde, al negro Carnero Checa. Yo creo que en mi juventud todas estas personas de una u otra forma han influido».

La experiencia de Carolina Guevara es en algo similar a la de Katia Herrera, pues, contando cómo aprendió a querer al Cusco, dice: «Recuerdo que en los setenta conocí a un mexicano, un muchacho mexicano que a sus dieciocho años me impresionó mucho porque

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

había escrito tres o cuatro libros. Lo conocí aquí y un día nos pusimos a conversar y yo me sentí extranjera en mi tierra porque él sabía mucho más que yo sobre el Cusco. Entonces, el amor a nuestra tierra lo recibí más en contacto con gente de fuera». En otro momento de la entrevista, Carolina Guevara describe en detalle lo que ella considera la actitud del cusqueño ante el de fuera:

«No sé qué nos pasa a nosotros, no sé si es a veces un complejo de inferioridad el que tenemos nosotros cuando, por ejemplo, nos sentimos tan disminuidos frente a un extranjero, a un limeño. Somos nosotros tan afectivos que viene un extranjero al que ni siquiera conocemos y le brindamos la casa, lo que no ocurre en otras realidades, donde son endogrupales, más piensan en su grupo que en los grupos de fuera. Pero nosotros los cusqueños no somos así, siempre pensamos que lo que viene de fuera es mejor. Desde esa perspectiva, a veces pienso que el noble corazón del cusqueño, la ingenuidad de cusqueño le permite siempre entregarse a los demás y cerrar las puertas a sus hermanos».

Es Leandro Arteta, finalmente, el entrevistado que más claro expresa esto que podríamos llamar ya el «complejo de inferioridad del cusqueño». Esto se percibe, por ejemplo, cuando Arteta, espontáneamente, compara a cusqueños y puneños o a cusqueños y arequipeños y limeños. En el primer caso, resaltando virtudes de las que los cusqueños carecemos, manifiesta: «Los puneños tienen una visión de salir, de progresar, y si es que no son profesionales, meterse en el negocio hasta donde pueden». De los arequipeños manifiesta: «Lo que yo noto en ellos es una mayor pujanza». Y

LUIS NIETO DEGREGORI

de los profesionales limeños: «Los intelectuales (de fuera) fácilmente aquí se mueven, están en un lado, otro lado. No se puede buscar fácilmente un intelectual acá en Cusco, siempre se tiene que buscar uno en Lima». En cuanto al interés que tiene el cusqueño en su propia historia, Arteta manifiesta: «Creo que hay gente de fuera que sin ser cusqueños conocen mejor la historia del Cusco como tal». Es, sin embargo, en la siguiente aseveración de este entrevistado donde más claramente se percibe esta especie de complejo del que estamos hablando: «El limeño siempre trata mal al cusqueño, por ejemplo le dice tú eres así, tú no dejas vivir acá, y el cusqueño a veces por orgullo dice también que la gente de fuera debe irse y que aquí solamente debe vivir gente cusqueña». El entrevistado trata de explicarse el porqué de todo esto y nos dice: «Yo he tratado una vez de pensar en el porqué de la actitud de un cusqueño: cuando viene gente de fuera lo trata bien, lo atiende bien, es hospitalario, pero después, cuando siente que no es correspondido, siente una situación de haber malgastado su tiempo; entonces busca la otra forma de hablar mal de la otra persona».

Buscando la manera de averiguar cuál es el valor que políticos, intelectuales y artistas cusqueños asignan al cusqueñismo, se les preguntó directamente sobre si este sentimiento es o no un factor que contribuye al progreso de la ciudad. Las respuestas de los entrevistados permiten constatar que, al contrario de lo que se piensa habitualmente, el cusqueñismo se asocia espontáneamente al chauvinismo y la xenofobia, en algunos casos, y a la retórica e incluso al temor de competir con la gente de fuera, en otros.

Así, para Katia Herrera el cusqueñismo no siempre contribuye al progreso de la ciudad porque «en muchos casos se queda sólo en la retórica y en el discurso».

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

Genaro Candia, por su parte, coincide en cierto modo con la anterior entrevistada porque manifiesta que el cusqueñismo sí puede ser un factor de progreso siempre y cuando «no llegue a extremos y no se entienda como una especie de chauvinismo, de xenofobia hacia otras corrientes, hacia otros migrantes». Es curioso, sin embargo, que hablando del tema del cusqueñismo y del progreso, el entrevistado reitere que lo positivo del cusqueñismo está en «*conservar* nuestros valores, nuestra cultura, el carácter de nuestra ciudad, de nuestra arquitectura, de su arte, de sus artesanías, que se van perdiendo. Yo creo que como cusqueños debemos tratar de que ese arte y esas tradiciones que nos vienen del pasado sigan *conservándose*» (el énfasis es nuestro).

Héctor Chávez considera que el cusqueñismo sí puede ser un factor de progreso de la ciudad, pero siempre y cuando sea también motor del progreso del departamento y de la región. En general, Chávez relaciona el progreso del Cusco, que ya se estaría dando, con el de otras regiones. El afirma: «El adelanto de nuestra ciudad, de nuestro departamento y de nuestra región tiene que servir para estimular, para que un cajamarquino, un loretano digan mira que es lo que está pasando en el Cusco (...). Todo el adelanto que hay aquí en Cusco que contagie a Arequipa y a otros pueblos».

Carolina Guevara entra en el grupo de entrevistados que pone ciertos reparos al cusqueñismo como factor de progreso. Ella manifiesta que puede cumplir este papel «siempre y cuando no caigamos en el chauvinismo». Ella explicita aún más su posición añadiendo:

«Ese cusqueñismo cerrado, poniendo al Cusco como lo máximo, lo único, pienso más bien que no tiene que ver mucho con el desarrollo. Si es

LUIS NIETO DEGREGORI

que el término cusqueñismo lo entendemos con amplitud, pienso que en esa perspectiva sí podemos hablar de un cusqueñismo que va a contribuir al desarrollo de nuestra región y de nuestra ciudad, pero sin caer en chauvinismo porque pienso que los chauvinismos no nos conducen a nada bueno, sino que más bien son visiones cerradas de este mundo».

Hemos visto ya, por último, que Leandro Arteta es el entrevistado que más reparos pone al cusqueñismo, llegando a manifestar que detrás de este sentimiento está «un orgullo sin fundamento» y que, por lo mismo, él «ha salido totalmente de esa situación de cusqueñismo».

Finalmente, ante la pregunta que se hizo a los políticos, intelectuales y artistas entrevistados sobre si se consideran o no cusqueñistas, estos se dividieron prácticamente en dos grupos: los que se consideran cusqueñistas sin ambages y los que simplemente se sienten cusqueños, pero aclarando que trabajan por su ciudad y, por lo mismo, admitiendo a la larga que son cusqueñistas. La razón de este cusqueñismo no declarado quizás haya que buscarla precisamente en los reparos que antes habían puesto a este sentimiento, en el deseo de diferenciarse de los cusqueñistas «retóricos» o de los que «caen en chauvinismos».

Katia Herrera al respecto manifiesta: «Yo sólo me considero cusqueña. Por suerte nací en esta tierra. Haber nacido en el Cusco me hace sentir muy segura para ciertos efectos. Ahora, ¿cusqueñista? Como te digo, si tú eres una persona que quiere hacer bien las cosas o pones el empeño en hacerlas bien, es lo que yo trato de hacer con las cosas que hago y si eso repercute en algo positivo para que se entienda mejor nuestra ciudad, para que se enriquezca el conocimiento sobre nuestra ciudad, desde ese punto de vista sí

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

podría decirte que soy cusqueñista, pero más soy una cusqueña que quiere a su tierra y lo que quiere hacer, lo quiere hacer bien».

Genaro Candia se considera «cusqueño y como cusqueño, cusqueñista», pero seguidamente hace la salvedad de que eso no significa que sea «chauvinista o xenofóbico» o que quiera crear «corrientes, por ejemplo, antiarequipeñas o demasiadamente sectaristas».

Héctor Chávez, por su parte, se siente «qosqoruna» y quiere ser «cusqueñista». El entrevistado dice al respecto: «Yo me siento muy qosqoruna, muy cusqueño, pero ese querer no tiene que ver solamente con un 23 (de junio) en la noche, con el 24 de junio, sino con los 365 días del año».

Carolina Guevara, por último, se siente más «cusqueña, una cusqueña que trabaja por su tierra, una cusqueña que desea el desarrollo de su tierra, que se identifica con el trabajo de los cusqueños y con su propio trabajo siempre y cuando vaya con el progreso de su tierra».

En conclusión, podemos manifestar que es indudable, a la luz de lo manifestado por los entrevistados que pertenecen a las élites políticas e intelectuales cusqueñas, que el cusqueñismo es un sentimiento que encierra actitudes complejas y hasta contradictorias, que van desde una legítima identificación con la ciudad y su pasado grandioso (identificación que corre pareja al deseo de conservación y defensa del patrimonio monumental cusqueño) hasta el chauvinismo, pasando por el retoricismo, la xenofobia y esa suerte de sociocentrismo³

³ Imelda Vega-Centeno, recordándonos que el convencimiento de ser el centro del mundo («ombligo del mundo», diríamos en el caso del Cusco), el lugar donde se definen los destinos del hombre, es propio de ciudades donde se desarrollaron grandes civilizaciones. Señala que el «interés por el Cusco no deja de estar vinculado con una visión idealizada y aun ideologizada del Cusco» e introduce un nuevo

LUIS NIETO DEGREGORI

al que hace alusión Imelda Vega-Centeno en un artículo reciente y que se descubre, por ejemplo, en las declaraciones de Leandro Arteta cuando manifiesta que «el cusqueño, por su orgullo, dice que la gente de fuera debe irse y que aquí solamente debe vivir la gente cusqueña».

Parece ser también que el cusqueñismo se asocia preferentemente con el pasado de la ciudad, más con lo que fue el Cusco que con una proyección hacia el futuro, con lo que podría ser el Cusco. Sólo uno de los entrevistados, el que se dedica a la actividad política, y quizás por este mismo hecho, llama la atención espontáneamente sobre la necesidad de ligar cusqueñismo no sólo a rescate del pasado sino también a proyección hacia adelante.

Pareciera además, a juzgar por lo que manifiestan algunos de los políticos, intelectuales y artistas entrevistados, que el cusqueñismo es considerado sobre todo potestad de élites esclarecidas o incluso de intelectuales de fuera (esto se percibe más nítidamente en las declaraciones de Héctor Chávez para lo primero y de Katia Herrera para lo segundo), lo cual, en cierto modo, pareciera confirmar la hipótesis que hace algún tiempo lanzó Fernando Villafuerte en el sentido de que

concepto, el de sociocentrismo, para explicar el cusqueñismo. Esta autora afirma: «Este convencimiento de ser el centro y lugar del que parten las formas de división y partición es un convencimiento que está inscrito en nuestro inconsciente colectivo, existe en nuestra capacidad mítico-simbólica. En nuestra práctica simbólica y social este convencimiento se traduce (como forma de protección por carencia) en un complejo sociocéntrico, que es una forma de egoísmo social que nos encierra en nosotros mismos como forma de protección frente a nuestras propias deficiencias e imposibilidades». (Ver Imelda Vega-Centeno, «El Cusco: Entre el ensueño y la ideología», *Crónicas Urbanas*, III, 3: 25-32. Centro de Educación y Comunicación Guamán Poma de Ayala. Cusco, 1993).

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

no se puede hablar de cusqueñismo sino de cusqueñismos y que el cusqueñismo de las élites políticas e intelectuales cusqueñas estaría más apegado a lo tradicional.⁴

Es sumamente interesante, asimismo, comprobar cómo el discurso cusqueñista, en boca de las élites políticas e intelectuales cusqueñas, se puede convertir en un instrumento de exclusión del que no es cusqueño

⁴ Fernando Villafuerte, trabajando con los conceptos de identidad e identificación, y afirmando que la primera mira al pasado y la segunda nos provee de una visión del futuro deseado, habla no de cusqueñismo sino de cusqueñismos. En efecto, Villafuerte afirma: «Las diferencias entre los diversos grupos sociales cusqueños nos conducen a plantear que existe una identidad cusqueña que, desde distintas prácticas sociales, produciría identificaciones productoras de variados cusqueñismos».

Desarrollando más allá su hipótesis, Villafuerte señala que «estos cusqueñismos no muestran signos de compartir más elementos que aquellos relacionados con un pasado imperial inca mitificado y cierta monumentalidad inca y colonial, pero presenta expresiones identificatorias variadas y dispersas en un rango que iría desde una identificación por extraversión («un Cusco digno de la mirada del mundo») hasta una peligrosa identificación chauvinista («Cusco cuna de la cultura andina»).

Seguidamente, Villafuerte, recurriendo a los conceptos de tradición y modernidad, hace un esfuerzo para caracterizar lo menos dos cusqueñismos que considera no conciliables a priori: el de los actores sociales dominantes y de los actores políticos, ambos más apegados a lo tradicional, caracterizado por prácticas patrimonialistas, distribución prebendaria y organización clientelista, y el de los sectores populares, que con su búsqueda de elementos de creación de ciudadanía y su lucha diaria por una mayor democratización de nuestra sociedad, serían portadores de una modernidad popular. No está de más recalcar que lo que hace Villafuerte al hablar del cusqueñismo es presentar hipótesis, intuiciones basadas seguramente sobre todo en la observación, pero no respaldadas con una auscultación sistemática del discurso de los diversos sectores sociales cusqueños. Ver Fernando Villafuerte, «Me friegan los cóndores: Lo tradicional y lo moderno en el cusqueñismo», en *Crónicas Urbanas*, 2: 93-98, Centro de Educación y Comunicación Guamán Poma de Ayala. Cusco, 1991.

LUIS NIETO DEGREGORI

(del migrante que llega a la ciudad) o incluso del que no es «cusqueñista». Habría que indagar hasta qué punto la baja estima del cusqueño está o no relacionada con el hecho de las élites de la ciudad, en su búsqueda de un discurso legitimador, que recurren, no se sabe si consciente o inconscientemente, a un discurso que a su vez es excluyente de vastos sectores de la población de la ciudad.

Nos parece, significativo, por último, que la mayoría de los políticos, intelectuales y artistas entrevistados tenga reparos en declararse sin ambages cusqueñista, lo cual, nos parece, deja traslucir, más que modestia personal, las connotaciones negativas que los representantes de las élites cusqueñas seguramente intuyen en su cusqueñismo o en el cusqueñismo.

EL PASADO SIEMPRE PRESENTE

Ya hemos visto, al analizar el incanismo y el cusqueñismo de las élites políticas e intelectuales cusqueñas, la enorme significación que tiene para ellas el pasado de la ciudad, sobre todo el que Cusco fuera la capital del Imperio de los Incas. Hemos visto también que la mayoría de los entrevistados llega incluso a identificar pasado prehispánico sólo con incanato y a atribuir a la cultura incaica logros que en realidad fueron alcanzados por las culturas andinas prehispánicas en general, como la domesticación de los tubérculos y el maíz.

Este peso de la historia en el discurso de las élites cusqueñas se verifica, además, en la forma conflictiva como algunos de los entrevistados perciben la relación entre tradición y modernidad y en el enorme peso que asignan a lo tradicional.

«La tecnología contemporánea es extraordinaria, por supuesto, pero no la sabemos utilizar, compatibilizar, y cuando la aplicamos es un desastre», afirma Katia

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

Herrera, una de nuestras entrevistadas. «Yo creo que de alguna manera existe una contradicción (entre tradición y modernidad) porque nosotros los cusqueños volvemos la mirada más al pasado y perdemos la perspectiva del futuro», corrobora, por su parte, Genaro Candia, añadiendo, sobre la compatibilización de tradición y modernidad: «Nosotros (los integrantes de la Sociedad Amantes del Cusco) tampoco somos tradicionalistas en el sentido de conservar un purismo ideológico, de conservar sin ningún cambio el patrimonio cultural y natural. El problema es justamente saber conciliar la modernidad y el progreso con las características de una ciudad monumental como el Cusco».

Sobre la gran incidencia que la tradición tiene en la sociedad cusqueña, Carolina Guevara afirma enfáticamente: «Pienso que el cusqueño tiene mucha más tradición, somos un pueblo tradicionalista, un pueblo que vive sus tradiciones en todos los campos, culinario, religioso».

En contraste con la omnipresencia de la historia, del pasado y de la tradición en el discurso de los intelectuales, artistas y políticos cusqueños, la visión de progreso sólo aparece esporádicamente en las declaraciones de algunos entrevistados, sobre todo en las de Héctor Chávez, que destaca reiteradas veces que «en el Cusco tampoco debemos quedarnos con nuestro huaynito, con nuestro ayni, con la minka; tenemos legítimo derecho a estar en igualdad de condiciones con los adelantos tecnológicos que tiene cualquier país». Incidiendo sobre lo mismo, Chávez añade: «La labor nuestra tiene que tratar de conjuncionar ese pasado rico con la hora presente porque todo lo que hay en el mundo no es patrimonio de Japón, de Alemania, de Estados Unidos».

Genaro Candia, por su parte, es el único entrevistado que, espontáneamente, presenta una especie de plan para el desarrollo del Cusco, afirmando que «la

LUIS NIETO DEGREGORI

explotación del gas de Camisea, la carretera Cusco-Lima, una política de comunicación que nos integre al resto del país y a otros países, como, por ejemplo, Bolivia y Brasil; esto podría contribuir al desarrollo de toda la región y del Cusco».

Para los demás entrevistados el tema del desarrollo está prácticamente ausente o, como en el caso de Katia Herrera o de Leandro Arteta, es un asunto muy relativo o que va en beneficio no de los cusqueños sino de los de fuera. Así, la primera manifiesta:

«Progreso es una palabra un poco fastidiosa para definir o para poder explicar. Progreso para una persona que viene del campo es tener una casa de material noble, como le dicen, hacer una casa con cemento y ladrillo. Para mí eso no es progreso, me da muchísima pena que se pierda la tecnología tradicional como el adobe (...) En fin, es mucho más complejo que solamente decir sí quiero progreso, y quiero agua y educación y un automóvil y una vereda».

Leandro Arteta, por su parte, manifiesta: «Toda la cuestión del turismo que ha podido elevar fuertemente la vida o el bienestar del poblador cusqueño siempre ha ido en desmedro de él; inclusive cuando aparecen nuevos recursos, llámense Tintaya, gas de Camisea, siempre se anda pensando en contratar gente de otro sitio».

Pareciera, pues, como ya aventurábamos al hablar de incanismo, que las élites políticas e intelectuales cusqueñas viven más preocupadas por el pasado de la ciudad que por su futuro o presente. Por lo mismo, cabría preguntarse si un discurso centrado en las glorias pasadas del Cusco puede sintonizar plenamente con las preocupaciones y aspiraciones de la mayoría de cusqueños o, planteándonos la pregunta de otro modo,

UNA APROXIMACION AL CUSQUEÑISMO

si no es contraproducente hacer un discurso pasadista que, si bien toca seguramente fibras sensibles de la población, no ofrece alternativas con miras al día de mañana.

La actitud ante el pasado que manifiesta la mayoría de entrevistados que provienen de otros sectores sociales de la población cusqueña parece darnos la razón, pues la mayoría expresa o desinterés por el pasado o un rechazo abierto al pasadismo, que es percibido como un lastre para el desarrollo de la ciudad. Igualmente, hay entrevistados que, como ya hemos señalado, expresan una identificación con el Cusco moderno o, en lugar de tener como preocupación el pasado de la ciudad, tienen manifiesto interés por el futuro de la misma o, en todo caso, por su futuro personal.

Así, el empresario Manuel Vélez, como ya vimos al tocar el tema de identidad, se muestra partidario de la modernidad y universalidad y entiende la primera como «un derecho a la tecnología de Occidente». Este empresario considera, asimismo, que no debemos «cerrarnos en nuestra cultura y volver a nuestra cultura porque de esa manera estaríamos aislados de la universalidad». El futuro de la sociedad cusqueña, para este empresario de turismo, pasa por «la búsqueda de modelos nuevos» en los que lo importante es «hacer convivir los conceptos de universalidad, modernidad e identidad».

Por su parte, y como también ya lo hemos señalado, el profesor Raúl Rojas declara estar «identificado con lo que es el Cusco de hoy» y cree que el Perú debe seguir los pasos de «los países capitalistas, los que tienen tecnología y ciencia a su alcance», porque «son países que han logrado el factor de desarrollo». El único reparo que este entrevistado pone al modelo capitalista es que «son muy pocos los que se benefician».

LUIS NIETO DEGREGORI

El microempresario panadero Gustavo Yépez no se desvela por el pasado de la ciudad y vive más pendiente de su futuro personal, asegurando que en unos años, «si Dios no quiere otra cosa», va a estar mejor. Más aún, la meta de este entrevistado es «ser algún día grande». Es lo que afirma cuando se le pregunta si se siente una persona realizada: «En el estudio ya me estoy realizando porque prácticamente ya estoy terminando. Económicamente nos hemos estancado por la crisis, pero una aspiración que tengo es seguir avanzando, avanzando hasta ser algún día grande, y hay que lograrlo, no». Para este microempresario, la manera para alcanzar sus metas es «trabajar más y donde haya la oportunidad de trabajar».

José Páucar, microempresario carpintero, tampoco demuestra interés por el pasado de la ciudad y sus aspiraciones a futuro se centran sobre todo, como ya manifestamos antes, en el bienestar personal y de su familia, para lo que quiere «ampliar su taller y dar trabajo a sus hermanos y sobrinos menores».

En conclusión, podemos afirmar, en relación a los tres puntos que hemos desarrollado, que el cusqueñismo de las élites políticas, intelectuales y artísticas cusqueñas, como un sentimiento de identidad excluyente que se nutre del incanismo de la sociedad cusqueña y para el que es definitorio el pasado de la ciudad más que una visión del futuro de la misma, no siempre es compartido por otros sectores sociales cusqueños. Este desencuentro lo expresa muy bien uno de nuestros entrevistados (y con esta cita queremos poner punto final a esta aproximación todavía inicial al tema del cusqueñismo), quien manifiesta: «A pesar de que yo sé que la historia es madre de las ciencias, que me permite un poco mejorar y conocer mejor mi pasado, creo que me interesa más mi presente y lo que va a suceder de aquí a este año o al próximo año».